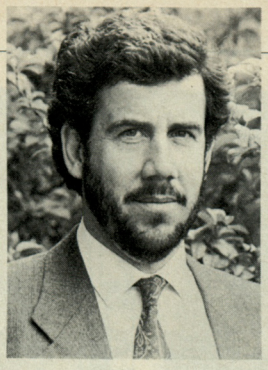
1031-1

ENTRE LA DEBILIDAD Y EL CINISMO



Fernando Villagrán
Economista

A fin de cuentas, Fujimori tiene el apoyo de la gente. Aunque repetido, el argumento no da respuesta a las interrogantes que plantea el audaz golpe del ahora dictador peruano.

Una nueva temática, aparentemente lejana para nuestra renaciente convivencia democrática, ha surgido en Latinoamérica. El precedente de la inestabilidad política, evidente en Venezuela, incipiente en Brasil, cobra con el autogolpe peruano una relevancia inesperada.

Fujimori se ha propuesto pasar a la inmortalidad como el modernizador y salvador del alicaído Perú. Sueña con llevar a puerto el inevitable camino de las privatizaciones, derrotar la corrupción, el narcotráfico y el criminal terrorismo de Sendero Luminoso. Loables y suficientes desafíos para impacientar sus ansias imperiales, que no ha reparado en inútiles escrúpulos de principios, los que juró defender un día. Su ambición lo lleva a apoyarse en la única carta que le podía garantizar el éxito, el Ejército, disponible como tantas otras veces en la historia peruana, a hacerse del pandero.

Es el drama de una sociedad aquejada de una crisis de viabilidad, donde las instituciones republicanas se han despojado de su eficacia y credibilidad ante la población. Ello explica el apoyo, casi por omisión de resistencia, con que dice contar Fujimori. Le bastó un golpe artero y fácil utilizando una represión controlada; más que eso no era necesario.

Se trataba de poner en cintura las dignas pero casi simbólicas y retóricas resistencias de parlamentarios y líderes políticos con escasa convocatoria que oponer a la fuerza militar. Pese a todo, la credibilidad otorgada, especialmente por algunos medios de comunicación chilenos y sus enviados especiales en Lima, sobrepasó las elementales dudas y suspicacias a que se somete en forma natural a quien gobierna y pregunta en nombre de la fuerza.

En nuestro país, por decir lo menos, ha costado escuchar pronunciamientos nítidos de la clase política para develar el carácter antidemocrático y el precedente negativo de un golpe militar asestado en nombre del progreso y la modernidad, en contra de la corrupción y el terrorismo. La tendencia al pragmatismo pareció imperar, y el presidente del Senado tuvo serias dificultades para articular un diplomático pronunciamiento de solidaridad con sus colegas peruanos, cesados en funciones por Fujimori. Quizá si la gran dificultad para ser más claros ante aquel golpe de Estado sea la misma que tienen los peruanos, a quienes no disgusta para nada que se castigue a quienes simbolizan el caos y los males de esa sociedad en crisis. Parece ser la propia debilidad de la democracia peruana, en la que los gobiernos civiles han sido intervalos en medio de una larga lista de dictadores militares, lo que la ha conducido al colapso.

El golpe de Fujimori, con la mano de los militares, pretende acortar el camino a lo que él llama una "auténtica democracia", sospechoso concepto del que tantas veces en

AÑORANZAS AUTORITARIAS Y DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

Andrés Aylwin Azócar
Diputado

Hace pocos días escuchamos con asombro a Hernán Büchi, dirigente de la UDI, quien al referirse al general Pinochet lo calificó como uno de los más grandes estadistas del presente siglo. Esta afirmación, que ningún alemán medianamente culto se atrevería a manifestarla con respecto a Hitler, ni ningún ruso con respecto a Stalin, ni ningún italiano (salvo su nieta) con respecto a Musolini, aquí la expresa un ex candidato a la Presidencia de la República refiriéndose a un gobernante cuyo nombre pasará a la historia ligado a las más crueles violaciones a los derechos humanos.

Estas añoranzas por la dictadura están constantemente presentes entre nosotros y se anidan inequívocamente en sectores de la ultraderecha que sueñan con gobiernos totalitarios, que, en determinadas eventualidades, puedan asumir nuevamente la defensa de sus intereses. Para ellos, la democracia sólo importa en cuanto defienda y garantice su status.

Dentro de esta realidad existen diversas situaciones que no pueden pasar inadvertidas para quienes tenemos la obligación de velar por nuestra democracia. Entre ellas, no podemos olvidar las actitudes reiteradamente ambiguas del general Pinochet, quien jamás se ha allanado a aceptar su estrepitosa derrota política de 1988 y 1989, cuestionando reiteradamente el texto expreso de la Constitución que establece una clara subordinación suya al poder político. Simples ejemplos de esta conducta deliberante son su actitud inicial de desconocimiento de su dependencia del ministro de Defensa, su afirmación de que a él no se le puede tocar ninguno de "sus hombres", su asimilación confusa al rango de "jefe de Estado" y, especialmente, el llamado "ejercicio de enlace", que constituyó un claro desafío a la institucionalidad democrática, sobre el cual sería conveniente investigar y meditar más profundamente, pues Chile entrega armas a sus soldados para que organicen la defensa de la patria y no para que organicen el control, en pocas horas, de determinadas actividades nacionales.

En este contexto de añoranzas por un sistema totalitario, no dejan de ser ilustrativas diversas declaraciones formuladas por algunas personas en relación con el golpe de Estado en Perú, entre ellas las del ministro de Pinochet, coronel (R) Cristián Labbé, quien expresó: "Pareciera que la situación llegó a un punto en que no había otra alternativa". Comple-

1031-2

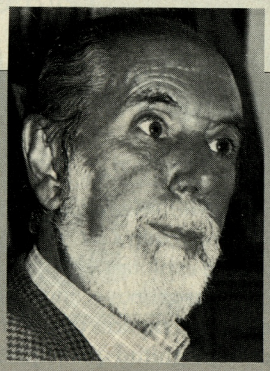
América Latina, y hace poco en nuestro país, se hizo uso para esconder las propias conductas antidemocráticas. Para la ciudadanía peruana, cansada y gastada, la audaz oferta de Fujimori resulta ser una panacea o carnada ante la cual poco más se puede perder. El rudimentario pero astuto hombre fuerte del Perú consiguió el apoyo de los militares, al precio de ampliar sustantivamente el poder y recursos de los uniformados, para una suerte de guerra global contra la subversión y el narcotráfico. Sólo así estarán en posición de garantizarle al gobernante condiciones para que pueda implementar, sin que nadie se oponga, sus reformas económicas liberales.

Lo que omiten quienes sacan las cuentas alegres acerca de las metas que se propone Fujimori, es que el camino escogido imprime al sistema político un sello antidemocrático. Ello cuestiona su propia estabilidad y el éxito de la modernización buscada, que requiere de la integración de los diversos intereses que pugnan en la sociedad peruana. Por otro lado, el incremento del poder militar incentivará su mayor equipamiento y protagonismo para combatir a Sendero Luminoso y reprimir el narcotráfico. Como más de alguien ya lo ha percibido, ello supone un desplazamiento de los actores de esa guerra declarada hacia nuestras fronteras limítrofes. Ello es y será una preocupación para el Ejército chileno, alerta a no ver menoscabado su poderío ante el siempre sospechoso hermano del norte. Se agrega así un elemento nuevo al debate planteado sobre los recursos que debe destinar el Estado chileno a sus gastos de Defensa.

Llama la atención la poca preocupación por los principios democráticos para ordenar la reflexión sobre la crisis peruana que ha manifestado parte importante de la cúpula política de nuestro país. El cálculo frío de algunos que ven, más allá de las formas, un agradable parentesco entre el golpe de Fujimori y el de Pinochet (se habla de "Chinochet") y el descolocamiento de otros frente al apoyo ciudadano con que contaría el ahora dictador civil, han deslavado y reducido a notables excepciones los pronunciamientos claros para defender la vigencia del sistema democrático como condición inexcusable para las transformaciones económicas y sociales que se postulan.

No tiene sentido recurrir a una retórica estéril como la que se adjudica a ciertos políticos peruanos que se oponen a Fujimori, sino rescatar la coherencia de los caminos que debe transitar un sistema político democrático para perfeccionarse, conseguir su estabilidad y la adhesión de la gente. La falta de participación, la marginación de las grandes mayorías, la pobreza, el encapsulamiento de los partidos políticos, la corrupción y falta de transparencia y control sobre las instituciones del Estado son factores que hacen de la democracia una palabra vacía y sin convocatoria ante audaces como Fujimori, que esconden la propia corrupción que conlleva el abuso de la fuerza y se autoerigen como los nuevos redentores de sociedades en crisis. La historia de nuestro continente se puede sonrojar con una larga lista a la que hoy se agrega este osado Fujimori, que ha contado, entre otros, con la valiosa asesoría de chilenos expertos en la materia.

A fin de cuentas, Fujimori tiene el apoyo de la gente. Viejo y repetido argumento que esgrimieron en sus orígenes tantas dictaduras, falaz explicación que permitiría el día de mañana el arrasamiento liso y llano de instituciones y minorías políticas, con la condición de que los militares estuvieran de acuerdo. Así lo podría esgrimir Fidel Castro en Cuba o cualquier audaz político chileno del futuro. •



mentan este cuadro otros hechos igualmente sugestivos, como son, por ejemplo, la reciente entrega de un documento confidencial por parte de la DINE a la UDI, lo que implicaría una escandalosa concomitancia entre políticos de oposición y servicios de inteligencia militar.

Sin embargo, a nadie puede caberle dudas de que, en la actualidad, cualquier pretensión de aquellos que sueñan con el totalitarismo chocan con un gobierno que cuenta con el sustento de las grandes mayorías nacionales, como lo revela, por ejemplo, la última encuesta CERC, donde el 65,3 por ciento de los encuestados califican al gobierno del Presidente Aylwin como "bueno" o "muy bueno", y sólo el 4,5 por ciento lo califica como "malo".

Conocedores de esta realidad, quienes añoran el autoritarismo sostuvieron una larga y despiadada campaña contra el gobierno, alegando una supuesta debilidad en la lucha contra los terroristas (naturalmente sin acordarse de aquellos agentes del Estado que asesinaron o hicieron desaparecer un término medio de tres personas por semana durante diecisiete años). Sin embargo, tal campaña debieron abandonarla ante los notables éxitos del gobierno en la lucha contra el terrorismo.

Ahora, fracasada su táctica anterior, han iniciado una nueva y estrepitosa campaña de denuncia de supuestos grandes escándalos gubernamentales, con el claro propósito de crear una falsa imagen de que "democracia" y "corrupción" estarían indisolublemente unidas. Esta táctica, que en Chile carece de todo fundamento, ya ha sido empleada con éxito en otros países.

Frente a esta compleja realidad en que se mueven resabios de autoritarismo, actitudes concretas de desprestigio de la democracia y existencia de personas que están prestas a atentar contra la institucionalidad democrática, creemos que es deber nuestro estar vigilantes en la creación de una democracia transparente y con capacidad para defenderse de cualquier intento de carácter totalitario, todo ello dentro del pleno respeto a los derechos humanos. Es evidente que si conquistamos la libertad sobre la base de mucho dolor, es nuestra obligación defenderla intransablemente con nuestro ejemplo, nuestra eficiencia, nuestro compromiso con la justicia y, también, estructurando organismos de seguridad capaces de contrarrestar tanto al terrorismo y el narcotráfico como cualquier otro atentado contra la democracia, todos crímenes de equivalente gravedad. •